

Universidad, humanidades y disciplinas

Entrevista a Carla Cordua

Álvaro Bisama

Universidad de Playa Ancha y Universidad de Chile

Ganadora reciente del Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura para el año 2001, en la categoría ensayo publicado, por su libro *Ideas y ocurrencias*, Carla Cordua accedió a conversar con nuestra *Revista* sobre los temas que indicamos más arriba.

-¿Cuál es el sentido del estudio de las humanidades en el contexto de la sociedad chilena y/o global del 2002?

Lo que nosotros llamamos humanidades se ha complicado enormemente ahora por el hecho de que abarca no solo las disciplinas clásicas: letras, artes, etc. Se ha complicado con la aparición de disciplinas con pretensiones científicas que se refieren a estas actividades humanas que se llamaban las humanidades clásicas. O sea, no solo está el aprendizaje de la historia, lo que llamamos "historiografía", sino que hay además una disciplina científica que pretende fijar, hacer crítica de la historia y que pretende ser una reflexión sistemática y crítica de la actividad que los pueblos que tienen memoria y anotan lo que ha sido su vida en el pasado nombran su historia. Tenemos entonces la historiografía y esta otra disciplina reflexiva y crítica sobre la actividad humana de consignar el pasado de su propio pueblo. Tenemos, por ejemplo, en las disciplinas sobre la literatura que no solo las letras como actividad directa son parte de las humanidades, sino que estas otras disciplinas como el estudio sistemático de las letras que se llama teoría de la literatura o —en alemán— "ciencia de la

literatura” porque tienen la pretensión de –sobre las humanidades como las tenemos en el esquema clásico– hacer *teoría de...*, reflexión crítica *sobre...*, estas humanidades. Tenemos, por decirlo así, unas humanidades de dos pisos. Unas son las disciplinas, que se enseñen por ejemplo en un programa de literatura de la Universidad de Chile, literatura chilena; y otra es el estudio “científico”, metódico de esa literatura que es una materia de enseñanza. Esa ciencia de la literatura o de las letras constituye obviamente una complicación dentro de las humanidades. Así yo pediría que me dijera a cuál de los dos niveles se refiere cuando me pregunta por las humanidades en la sociedad abierta a la actividad global.

-Yo estaba pensando en ambos pisos. En estos objetos y el trabajo sobre esos objetos. Por eso mi pregunta inicial funciona sobre este modelo que usted plantea, al interrogar si desfigura la concepción clásica de las humanidades para hacerla desaparecer y si eso involucra de algún modo una crisis.

-Lo que pienso es que la actividad de hacer literatura en Chile es muchísimo más autóctona que la actividad de reflexionar y de tratar de hacer un panorama teórico sobre la literatura. Esa segunda capa reflexiva me parece mucho más abierta a las influencias extranjeras que la cosa misma que se está tratando. La literatura chilena, siguiendo con el ejemplo, que ha pasado por épocas como el realismo, dedicada a pintar el campo chileno, está mucho más ligada a la vida real del país que la especulación sobre ella. Yo noto que los que escriben sobre la vida chilena están mucho más pegados a lo que hemos sido en el pasado y seguimos siendo ahora: una nación bastante aislada y provinciana que sin embargo tiene un apego, unas tradiciones dentro de esa nacionalidad. En cambio, la reflexión sobre la literatura chilena la hallo muchísimo más influida por corrientes extranjeras de pensamiento y más afectada por las modas internacionales que la literatura misma.

-Esa es una idea que está en algunos de sus textos. Siento que Ideas y ocurrencias y Luces oblicuas son obras que toman lo literario y ejercen una lectura desenmarcada de escuelas.

-Exactamente. Mi dedicación a los estudios literarios es un poco vergonzante en el sentido de que no tengo una formación profesional en estas materias, sino que lo hago porque no lo puedo evitar. Porque he sido durante toda mi vida una ávida lectora de poesía y novela.

-Usted está confesando cierto placer estético. Algo interesante, porque siento que en los estudios literarios, en la academia, lo del placer es algo que se intenta obviar

al plantearse como teoría, como disciplina y dejar de lado el gusto, el goce que implica la lectura.

-En mi caso realmente, como mi formación es más bien filosófica, las cosas que he escrito en literatura son un paso al lado de mi actividad profesional en filosofía. Ahora, que las dos cosas naturalmente fluyan mutuamente es inevitable. Pero, desde antes de estudiar filosofía, mi pasión verdadera eran las letras. Solo que yo hago estos estudios en filosofía, me dedico a enseñar filosofía y las mismas exigencias de la cátedra universitaria me han obligado toda la vida a continuar por este terreno profesional y lo he hecho también con mucho gusto e interés: me he apasionado por la filosofía. En cambio mi inclinación por la literatura me ha acompañado toda la vida y la he puesto en práctica. Junto con estar estudiando mis libros de filosofía para la cátedra, he estado leyendo poesía y novela mi vida entera, antes, durante y después de estudiar filosofía. O sea que lo que he escrito sobre autores literarios propiamente tales lo he hecho porque me han sugerido temas que no he encontrado tratados satisfactoriamente en la filosofía profesional, llegando a ser un complemento de los estudios filosóficos el hecho de que los escritores tienen una libertad para ocuparse de asuntos que los filósofos no tratan.

-¿O sea que es necesario saltarse el estanco disciplinario y hacer salidas hacia otras áreas? Se lo pregunto no solo en términos personales sino como una actitud que talvez deberían tener los demás investigadores y académicos.

-Yo no lo veo como un límite que nunca me haya costado atravesar. En ese sentido soy poco amiga de tirar fronteras entre disciplinas en las cuales esas fronteras son siempre muy problemáticas porque la debilidad del método en las humanidades hace posible que usted circule libremente de los estudios literarios a la filosofía y de vuelta a los estudios literarios. No es nada extraño. En este mismo momento estoy leyendo a María Zambrano, que era discípula de Zubiri y Ortega y Gasset, y durante toda su vida tuvo una tremenda afición a las letras y escribió libros sobre Galdós, sobre Cervantes, ensayos sobre la poesía española e hispanoamericana. Así que vamos a hablar de límites que en un sentido académico están establecidos por la organización administrativa de los departamentos de las universidades. Para alguien que tenga cierta libertad de pensamiento esos límites son convencionales.

-Me parece que lo que está acá —y pienso en el texto suyo sobre Juan Luis Martínez (donde no solo hay confesión de un placer sino de un displacer) además del ensayo que viene en Ideas y ocurrencias sobre el Quijote— es una crítica a las lecturas institucionalizadas. Hay ahí un enlace en el tema de ese placer con una relectura de un libro canónico que es necesario empezar a pensar de otra forma; como una

necesidad de discutir lo académico casi a nivel de contrabando. Desde mi perspectiva Ideas y ocurrencias se plantea en ese camino. Sugiere que a partir del goce se pueda empezar a leer los textos y ejercer una crítica sobre ellos. Eso no lo dice la disciplina académica a nivel formal.

-La experiencia del placer es una experiencia muy personal y uno puede, con algún trabajo, expresársela a otro y con ello enterarlo de que uno ha sentido ese placer, pero no necesariamente contagiarlo. El placer no es contagioso. Contagiosas son las emociones. Si yo me río con ganas, los demás se ríen aunque no sepan de qué yo me río. El placer no. El placer es lo más subjetivo de la subjetividad en el sentido de que yo lo siento, como el dolor. Usted me puede decir “me da pena que le duelan las muelas”, pero verdaderamente usted no lo siente. En ese sentido, el placer me cierra sobre mí misma y a cualquiera que lo sienta. Como el dolor: el dolor lo encierra a uno con uno mismo y aun cuando usted pueda ser compadecido por otro no puede compartirlo. Entonces, al nivel del placer uno recomienda libros que le han gustado, dice “te va a encantar”, pero no le contagia esto al otro. A lo sumo es una invitación a compartir el placer pero no hay contagio, como en el caso de las emociones.

-Ese ejercicio de mediación parece ser hecho desde un cruce: lo literario con el aparato de la filosofía que insinúa un ejercicio de la libertad que no es tan visible en el trabajo propiamente disciplinario.

-Yo entiendo que, por ejemplo, el problema del sentido y el sin sentido usted lo puede plantear en general, pero usted va encontrar muy poco sobre esa experiencia en un libro de filosofía. En cambio, si usted lee a Fernando Pessoa o a Juan Luis Martínez, encuentra que ese tema es el gran problema desde donde mirar sus obras. Martínez tiene este programa de la negación de los sentidos que las cosas tienen para nosotros.

-Creo que Martínez me parece el ejemplo perfecto de lo que hablamos: así como usted ejecuta un trabajo desde la filosofía hacia la literatura, él arma un trabajo desde la literatura hacia la plástica, la filosofía.

-Martínez es muy intelectual, ya que su inclinación principal es a pensar las cosas. En la poesía, el elemento emotivo y sentimental es lo principal. Sin embargo, Martínez tiene una cierta enemistad hacia lo emotivo y lo sentimental porque son generadores de sentido que no tienen otra justificación que la capacidad de cada uno de nosotros para conmovirse con eso. Él tiene una vigilancia contra su propia inspiración lírica. Una negatividad.

-Hago la pregunta por Juan Luis Martínez al pensar desde donde lo abordamos. O sea: si utilizamos las herramientas de la teoría literaria, ¿vamos a entender todos sus sentidos o se nos van a escapar reflexiones importantes? Él anula el modelo disciplinario.

-Yo creo que él es totalmente irrespetuoso de cualquiera demarcación de tipo académico. Martínez niega el sentido de la poesía, de la vida y se atreve mucho más a una negación de una ordenación académica de las disciplinas. Qué le importa a él que se va hasta por el lado de las matemáticas. Yo he tenido que consultar ciertas cuestiones que hay en *La Nueva Novela* para saber qué significa que aquí se cite a alguno de los grandes revolucionarios de la matemática moderna. Martínez se atreve a cosas mucho peores que desordenarle el esquema a los académicos. Cosas más audaces y más radicales. Es un radical en el sentido etimológico de la palabra, no un radical político. Un radical en materia metafísica o filosófica y también poética. O sea que a esas demarcaciones yo tampoco les tengo mucho respeto. Las encuentro convenciones útiles.

-¿Y en qué momento dejan de serlo?

-Dejan de ser útiles si a su interés intelectual, si a las preguntas que usted le dirige a la realidad y a las cosas, les conviene atravesar esa frontera. Ahí usted ya no tiene ninguna obligación con las convenciones. Está bien que sirvan para organizar los estudios, la división en departamentos; pero es una cuestión administrativa. Una vez que la libertad de la persona, su inteligencia o sus necesidades intelectuales están comprometidas por estas divisiones, esa persona debe irrespetarlas. Yo en eso soy completamente anarquista. Hay cuestiones que son más importantes que la academia y una de ellas son estas materias de las que la academia se ocupa. Está bien que haya un departamento de Letras y otro de Filosofía pero si usted es un filósofo o un escritor entonces las divisiones académicas no le importan. Usted tiene asuntos entre manos que son más importantes que la organización de las instituciones humanas.

-¿Pero esa visión suya, está presente, permeada en las instituciones? O sea, la Universidad de Chile, las universidades chilenas en el contexto de un país camino a ser global, con instituciones democratizadas ¿puede incorporar esta mirada suya?

-Yo creo que la podría tolerar y que sería bueno que la aceptara como algo que vale fuera de las puertas en donde la academia tiene su casa. Porque es conveniente para nosotros que una Facultad de Humanidades esté dividida en departamentos. Pero si aparece un gran poeta haríamos muy mal en hacerle valer estas divisiones que tienen un criterio, un carácter convencional y utilitario. Nos conviene tener estas divisiones

para el trabajo de la enseñanza, pero no las tomemos tan en serio como para frenar cosas que son más importantes. Es más importante que un poeta o un filósofo se sienta libre de caminar por donde a él lo llevan sus problemas y no por las divisiones que los estudios académicos consideran útiles para la transmisión de lo que esa gente va a crear.

-El tema de fondo, entonces, es la libertad.

-Sí, lo importante es la libertad y yo diría que las instituciones son tanto mejores cuando son capaces de aceptar que sus fronteras no son absolutas ni valen para todas las actividades. Eso no es fácil, porque hay una pedantería que quisiera que la vida académica le pudiera dictar a los que están haciendo cosas, poder gobernar a esa gente. Esa es una pretensión viciosa porque el enseñar y transmitir depende de que haya algo que enseñar y algo que transmitir. Y ese algo que nosotros enseñamos porque es memorable y enriquece nuestra vida lo recibimos hecho por personas a las que no podemos manejar según nuestras conveniencias. Creo que nosotros como académicos tenemos un espacio propio que tiene que ver con la transmisión de lo que aquí se ha creado, inventado, dicho, etc. Nosotros no somos salvajes. Queremos que nuestros hijos aprendan de esa tradición que nosotros cuidamos y transmitimos. La vida humana no consta solo de la invención libre de grandes cosas, también está la recepción de esas cosas y el cuidado de ellas para que se conserven como un tesoro que hay que pasarle a las próximas generaciones. Nosotros solo somos civilizados si creamos un medio en el cual los que vienen llegando a esta sociedad pueden participar de la digestión, incorporación y apropiación de eso que se ha instalado entre nosotros.

-Ahí hay una mirada respecto a la condición patrimonial de la universidad. La universidad debería, por ende, permitir que esa tradición pueda ser lo más democrática posible.

-Por supuesto, que se le ofrezca acceso a eso, cosa que Chile no hace en estos momentos. Este país no es civilizado en todas sus capas. Desgraciadamente, es muy desigualitario. Pero la universidad tiene esa obligación, que tiene sus propias reglas y sus propios límites. Nosotros no hacemos ni estamos a cargo de todo, pero sí está a cargo nuestro el cuidado del patrimonio y la conservación de lo que ya hay hecho por nosotros; usando este *nosotros* en el sentido amplio, porque incluye un pasado y un futuro. Cuidar y transmitir en lo posible lo que hemos hecho, porque hay fuertes limitaciones en la universidad chilena actual. No todos tienen acceso a esta universidad. Ahí hay un problema socioeconómico, que no depende de la universidad solucionarlo. La universidad puede presionar en esta dirección pero no lo puede hacer

ella. Este es un tema nacional, político. La estructura de la sociedad es un problema político. Nosotros somos políticos también. No por ser académicos dejamos de serlo. Pero la universidad como institución no es un instrumento político propiamente tal. Mi convicción es que los universitarios somos políticos pero la universidad tiene que ver con esta función especializada de la transmisión de una tradición.

-¿La universidad chilena tiene esa especialización o es simplemente una utopía?

-Hay algo de utópico en esa descripción de la universidad. Algo, pero no enteramente. No es pura utopía, nosotros deberíamos estar en eso.

-Pero la universidad ha sido, por historia, uno de los campos más permeados por la política. En apariencia parece refractario, pero por el contrario, es uno de los sitios más políticos que hay.

-La universidad es política porque los universitarios no se pueden sustraer a las preocupaciones que les produce la situación del país. Porque están pensando y entonces piensan también en lo que el país podría hacer si no estuvieran ciertos obstáculos de por medio. Pero, a lo que yo me refiero es a una práctica de la enseñanza en materias humanísticas. He terminado por convencerme de esa, mi manera de entender la universidad, por la práctica que yo he hecho de la cátedra. Yo nunca he usado la cátedra para exponer mis convicciones políticas. He tratado de enseñar lo que sé de la materia de mi disciplina, lo que es distinto de utilizar la cátedra para estimular preocupaciones políticas en los estudiantes. Creo que eso no es parte del deber del catedrático.

-Pero el solo hecho de estar en una cátedra, en países como el nuestro, es un ejercicio político.

-Eso, porque tiene consecuencias políticas pero no porque la destinación propia de la cátedra sea la de formar una conciencia política. Es un ejercicio político, en todo caso, porque la cátedra no puede sustraerse a la conciencia de lo que pasa alrededor. Y en ese sentido usted va a estar eligiendo sus temas, eligiendo sus autores, eligiendo para encomendárselos a sus estudiantes. Pero una cosa es servir a ciertos ideales en la transmisión desde la cátedra del conocimiento que se tiene de la disciplina, y otra muy diferente es usar la cátedra como púlpito para predicar consignas.

-Entonces, finalmente, ¿cuál sería el sentido de la universidad y las disciplinas ahí, lo que deberían tener en términos de ideales?

-Para mí la universidad es una institución destinada a ligar, en el presente, el pasado y el futuro. Usted tiene que incorporar las generaciones nuevas a la civilización a la que pertenece. Usted está en el oficio de la enseñanza, de la investigación sobre lo que es verdaderamente nuestro pasado, lo que hemos recibido de él, lo que está ahí para transmitir porque es memorable. Porque como catedrático usted tiene un interés de que eso que usted sabe lo sepan también los que vienen después. Yo creo en la universidad como institución educacional, entendida la educación en el sentido más amplio de la palabra y que implica la investigación y la transmisión del saber.